

## TARDE XXX

---

### EL TALENTO

Disipanse los caudales,  
Gástase la plata y oro;  
Mas de la ciencia el tesoro  
Y sus dones celestiales,  
Enriquece á los mortales  
Con bienes tan verdaderos,  
Que siendo imperecederos  
Ledan nobleza, esplendor,  
Popularidad, honor,  
Brillo, grandeza y dineros.

Vertpré y su mujer partieron á la mañana siguiente: los muchachos se reunieron al tiempo del desayuno: Palemon no concurrió por estar ocupado en su gabinete. La historia de la tarde anterior les suscitó mil reflexiones acerca de la restitucion de las veinte mil libras que su padre habia recibido de Mr. Delacour. ¡ El jóven Vertpré, que no se creyó propietario de los cien doblones que habia recogido de la sucesion de su padre! ¡ este hombre virtuoso que lo abandonó todo, hasta su mismo amor, por restituir una cantidad en el instante en que supo que no le pertenecia! Todo esto ocupaba los discursos de nuestros jóvenes, y les hacia mirar las cosas con mucha delicadeza. Armando fué el primero que mudó de opinion, y dijo á Benito: ¿ Sabes que desde ayer pienso de distinto modo acerca del asunto de papá? Ahora

me parece que efectivamente debe restituir la suma á Mr. Delacour. — Pues yo no estoy tan convencido como tú. Si piensas así por lo que ayer oíste á Vertpré en orden al dinero que volvió á Santiago, el caso es muy diferente. — No tanto. — Absolutamente diverso; el dinero de Vertpré era rigurosamente un préstamo, y el de papá una liberalidad de Delacour. — Pero cuando el que ha hecho el don se halla tan necesitado... — Es cierto que también á mí me ha conmovido el exceso de delicadeza de Vertpré... — ¡ Exceso de delicadeza ! exclamó Leon; nada tiene de excesivo su proceder; el padre había abusado de la confianza y bondad de un hombre honrado, y el hijo estaba obligado á la reparacion. Así es como yo pienso; y en el caso presente, si yo fuera hijo único, y perdiese á mi respetable padre, la primera cosa que haría sería el volver á Mr. Delacour ó á sus hijos las veinte mil libras. — Benito replicó con una sonrisa irónica: ¿ Y si no tuvieras otra cosa? — Seguiria el ejemplo de Vertpré, que no tenia mas que sus tristes cien doblones. — Pero este efectivamente era deudor. — Nosotros también lo somos. — No. — Sí. — Para convenirnos, dijo Armando, dejemos á un lado la legitimidad de la deuda, y atendamos solo á lo que nos dictan el honor y la delicadeza. En hora buena, contestó Benito; pero Leon siempre la echa de entendido. — Discurriendo segun nuestro corazón, repuso Armando, conoceremos que en nuestro interior resuena una voz que nos grita: volved al indigente lo que os dió en su prosperidad. — Es verdad, exclaman á una voz los muchachos; y Armando prosigue: sin duda es cosa dura el despojarse uno de lo que legítimamente le pertenece, reducirse á un estado miserable, perder el fruto de sus trabajos y la esperanza de todo establecimiento. Por ejemplo, será preciso algun dia casar á mi hermana; no se puede verificar esto sin dotarla; ¿ y cómo se ha de hacer? — ¡ Oh ! interrumpió Julio, no hables de eso; Adela tiene suficiente dote en sus gracias y virtudes. — ¡ Qué galante está el señor Julio ! dijo Benito; y Armando le repuso con dulzura: la galanteria de Julio está fundada en el mérito de mi hermana; pero aun suponiendo que esta no necesite de dote, quedamos por establecer cuatro varones; digo cuatro, porque Julio es hermano nuestro, y debe entrar á la parte de todos los bienes. Sobre todo á mí, que como mayor debo casarme el primero, no me será muy agradable el ser mozo de granja, en vez de ser dueño de ella, y casarme... con una mujer cualquiera, que no tenga nada. — Lo mismo me sucederá á mí, añadió Benito, si se restituye toda la

suma. — Pues á mí, dijo Leon, no me faltan talentos: de lo demas no hago caso. — ¡ Bellos talentos ! contestó Benito, meneando la cabeza: este, porque hace malos versos, piensa que tiene toda la discrecion de la familia, y... — Benito, dijo Armando con seriedad, tú siempre serás maligno y envidioso; no gustas sino de herir el amor propio de tu hermano Leon; es una bajeza, y mucha dicha tuya que no te haya oído padre: ¿ se te ha olvidado ya la reclusion que pasaste en compañía del carbonero? Pues procura no dar motivos para volver á ella; pero dejemos esto, y decidme si queréis que vayamos al cuarto de padre á decirle que Benito y yo hemos mudado de opinion, decidiéndonos por la de Adela, Julio y Leon. — Vamos al instante, dijeron los otros cuatro, y Benito añadió: Nosotros nos casaremos como podamos: si padre vende la granja, nos quedaremos sin nada y nos casaremos con aldeanas. — Sí, con aldeanas, respondió tristemente Armando; porque mi padre quiere que sea labrador como él; bien podéis acordaros de que me impuso esta ley el dia que fuimos á comer á Mamonville.

Los muchachos subieron al gabinete de Palemon que por entonces no estaba allí; pero no tardó en volver, y pareció admirarse de aquella reunion con visos de embajada, aunque desde luego conoció su objeto. Sentaos, hijos míos, les dijo, afectando inquietud, como procurando leer su intencion en sus semblantes.

Padre, dijo Armando, Benito y yo venimos á confesaros que ayer no acertámos en oponernos al modo de pensar de nuestros hermanos; y yo he conocido que las razones que di en favor de mi opinion no eran bastante sólidas. — ¿ Sobre qué asunto? preguntó con mucho disimulo Palemon. — Sobre la carta que recibisteis y el estado infeliz de Mr. Delacour, vuestro digno bienhechor. Volvedle, padre mio, volvedle las veinte mil libras, aunque sea necesario venderlo todo. — Eso no, una parte del valor de esta granja bastaria para satisfacerle; ¿ pero quién os ha obligado á mudar tan pronto de dictámen? — La delicadeza de Vertpré, y el haber reflexionado con mas juicio. (*Palemon disimuló su alegría.*) Es cierto que la conducta de este jóven respecto del buen Santiago, es muy digna de elogio, aunque lo exigian el honor y la probidad. — Mucho celebro que vuestra opinion sea tan conforme á la mia: ya no debo ocultaros que desde el momento en que recibí la carta de Bertier, resolví la restitution de toda la cantidad; sin embargo, he exigido vuestras opiniones; me las habéis dicho con franqueza, y he estado muy léjos de enojarme contra los que

se han opuesto á mi dictámen · ahora me sirve de mucha satisfaccion que los seis pensemos de un mismo modo ; y que la delicadeza no encuentre infractor alguno en el seno de mi familia. Por lo demas, hijos míos, vivid tranquilos sobre el resultado de este asunto, que terminará sin que mi hacienda padezca alteracion particular ; nada venderé (*Armando y Benito se sonrien*) : acabo de recibir una cantidad que la tenia como perdida ; toda la suma está preparada ; al instante voy á enviarla á casa de Bertier, amigo de Mr. Delacour, por medio de Miguel, el labrador vecino, que hoy mismo sale para Paris, y es hombre de toda confianza : conque ya este es negocio concluido.

Palemon abrió una gaveta, y al lado de muchas letras de cambio, mostró á sus hijos algunos róllos de luises con los que habia completado el importe de la deuda. Armando y Benito suspiraron viendo que aquel oro iba á salir de la casa. Palemon los miró y penetró su pensamiento : cerró la gaveta, y dijo : Ahora que todo está arreglado, no pensemos, hijos míos, sino en el placer que Mr. Delacour experimentará por haber favorecido en otro tiempo á un hombre honrado. Este oro va á restituírle la vida, asi como él me hizo á mí el mas feliz esposo y el mas afortunado padre.

Abrazaron los muchachos á Palemon, el cual añadió : Hoy está el dia apacible : vamos á que nos dé de comer Mr. de Versevil, que ha comprado el parque y castillo del marqués Defort, cuya muerte funesta ya os he referido. Versevil es un hombre de excelentes costumbres ; le debo una tierna amistad, y repetidas veces me ha encargado que con toda franqueza fuese á comer en su compañía ; hoy quiero aprovecharme de sus corteses ofertas. Id, hijos míos, á disponeros : dentro de dos horas partiremos, porque su castillo está tan cerca que se descubre desde estas ventanas.

Retiráronse los muchachos muy alegres con esta intermision de sus ordinarias tareas. Armando parecia el mas contento, pero ignoraba que esta diversion se reduciria principalmente á darle una severa leccion ; porque Palemon sabia que su hijo mayor temia no tener bastantes bienes para contraer un casamiento ventajoso : deseaba una mujer rica, y se avergonzaria de casarse con una simple labradora. Era preciso reducirle á ideas mas sanas, y siempre por medio del ejemplo. ¡ Oh padre respetable y hombre sensato, que sabes educar tan bien á tus hijos ! ¡ cuánto me complace el ser tu historiador !

Pareciales á los muchachos que tardaba mucho en llegar la

hora de la marcha. Suspiraban por este feliz momento, y creian que el tiempo se paraba de intento para mortificarlos. Por fin, Palemon toma su baston y su sombrero, y parten... Pronto llegaren al castillo, á cuya puerta hallaron á Mr. de Versevil, que dijo á Palemon del modo mas afectuoso : Sin duda venís á comer conmigo, vecino mio ; ¡ cuánto os agradezco el que os presentéis con esta familiaridad ! ¿ son estos vuestros hijos ? Parecen muy amables ; esta señorita tiene mucha gracia, y vuestro hijo mayor ya es hombre hecho. Á la verdad, me causa grande satisfaccion la visita, pues esta tarde espero á mi yerno, que ha ido á ver á su padre, y debe volver con su esposa y su hijo ; porque, amigo mio, ya hace un mes que soy abuelo : mi hija ha ido á presentar el niño á su suegro, y esto es muy natural ; los veréis ántes de salir de quí ; entre tanto me haréis compañía.

Nuestros muchachos celebran el buen recibimiento de tan gran señor, y Palemon le da mil gracias por tantos favores. Hablan, rien, juegan, se pasean en el parque, visitan todo el castillo, y despues se sientan á una mesa poco suntuosa, pero donde reina la franqueza. Al fin de la comida Palemon preguntó á Mr. de Versevil : Señor conde, ¿ es acaso el padre de vuestro yerno algun caballero de las cercanías ? porque me parece haberos oido decir que sus tierras estaban poco distantes de las vuestras. — ¿ Sus tierras ? amigo, creo que nunca os he hablado de eso ; á lo ménos no lo tengo presente. El padre de mi yerno tiene á la verdad alguna haciendilla, pero ni es rico ni caballero. — ¡ Bueno ! — ¿ Pues qué, no os he contado su historia ? — No, señor. — Perdonad, porque... — Os protesto, señor conde, que nunca me habéis hablado de ello. He oido decir que vuestra hija se habia casado, pero nada mas. — ¿ Conque no sabéis que la he casado con el hijo de un pobre labrador ? — ¡ Un pobre labrador ! lo ignoraba. — Pues es preciso que lo sepáis, para que tengáis mas gusto de ver á mis jóvenes cuando vuelvan. Tomemos primero café ; despues iremos todos á sentarnos en el parque, donde os referiré las particularidades de este raro matrimonio.

Ya estaban los muchachos impacientes por saberlo todo ; especialmente Armando, á quien le chocaba mucho la alianza de un labrador con tan ilustre caballero. Fueron por fin al parque, y sentados bajo un frondoso cenador, Mr. de Versevil refirió lo siguiente :

Historia del jóven Ledoux

Soy el mayor de tres hijos de una de las principales familias de Picardía. Mi padre fué mariscal de campo, y teníamos bastante proteccion para adelantar en la milicia. Juntamente con mis hermanos seguí largo tiempo la guerra : hasta que hechas las paces me retiré del servicio y me casé. Fué mi esposa la hija del señor de Labriche, que me hizo feliz y padre de una niña. Habiendo tenido la desgracia de perder á mi esposa cuando aun era muy pequeña mi hija, resolví mantenerme viudo toda mi vida, por no perjudicar á mi Eugenia, que crecía á mi vista en gracias, talentos y virtudes. Era muy instruida y hábil en todo cuanto emprendía; pero de genio taciturno, lo cual me disgustaba algunas veces. La veía insensible á los placeres de su edad, por mas que yo procuraba multiplicarlos para hacérselos agradables. Prefería la soledad, la música y los libros á los bailes, espectáculos y brillantes concurrencias. Muchas veces que le argüía sobre esta especie de vida solitaria, me contestaba : Todos los hombres que veo me parecen falsos y lisonjeros : los jóvenes son fatuos, y presuntuosos; las mujeres malignas y murmuradoras; las piezas del teatro por lo regular insulsas, y los bailes un vértigo de locura. Mas quiero conversar con Bufon; sus héroes no tienen los vicios de los hombres; y sobre todo la sociedad de mi padre es para mi corazon mas grata que todos los vanos placeres del mundo.

Con este modo de pensar presumia yo que sería muy difícil casarla. No queria ver gentes, y juzgando á los hombres con tanta preocupacion, la era imposible elegir entre ellos. Yo no queria violentar su inclinacion, y ella me decia que su ánimo era vivir sola conmigo hasta el fin de mis días. Esto me desesperaba, porque mi mayor anhelo era verla esposa y madre. Para lograrlo hice el último esfuerzo en Paris, donde á la sazón nos hallábamos. Di un convite, en que procuré reunir cuantos jóvenes apreciables se hallaban en la corte. Tuve cuidado de decir á mi hija los nombres y pretensiones de cada uno de ellos, y hasta sus aventuras galantes, siendo de aquellas que se pueden referir á una jóven bien educada. Muchas veces, decia yo para mí, la relacion de estos lances, los celos, y la envidia ó el amor propio, exaltan y encienden la imaginacion de una mujer. La felicidad de un padre suele consistir tal vez en una vanidad ó capricho pueril de sus hijos; pero todo fué inútil con Eugenia, y ninguno de mio

brillantes actores hizo impresion en aquella por quien se representaba esta comedia.

Cansado de tanta frialdad, la reprendí severamente; pero me desarmó con tantas razones y pruebas de su ternura para conmigo, que al fin resolví no volverle á hablar de este asunto.

Estábamos hácia el fin del último estío : lo apacible de los días y los trabajos urgentes y provechosos del otoño nos llamaban á este castillo, que habia comprado de los herederos del desgraciado marqués Defort. Nos pusimos en camino para venir á tomar posesion, y mi cochero, que nunca habia estado en Versevil, se extravió en un bosque que está á seis leguas del castillo; yo iba hablando con mi hija, y no lo advertí hasta que cerró la noche; entónces eché de ver por la tardanza nuestro extravío. Para mayor sentimiento, conocí que el sitio en que nos hallábamos era desierto y aun peligroso, y que en cuatro leguas al rededor no se hallaba sino una quinta aislada, y esta distaba todavía dos leguas del camino que seguíamos. No quise comunicar mis temores á Eugenia, y sin reprender demasiado al cochero, le encargué que parase en la primera habitacion que hallara á la derecha. Mi ánimo era pedir hospitalidad al dueño de la casa, aunque no le conocia, porque no me atrevia á continuar caminando á tales horas por caminos que no se podian distinguir con exactitud. Eugenia, sintiendo como yo la tardanza, aprobó mi parecer, y á las once de la noche llegámos á la quinta, que mirámos como un magnífico albergue. Aunque era tarde, me pareció que habia luz en un cuarto, cuyas ventanas entreabiertas daban sobre el camino. Esto me aseguró de que no todos los de la casa dormian, y llamé á la puerta. — ¿Quién está ahí? me gritaron de la parte de adentro. — Unos caminantes extraviados. — Aquí no se recibí á nadie. — Abrid, por favor, y veréis quiénes somos. — Algunos pícaros, sin duda, que á estas horas cometen mil atentados. — Una señorita y su padre ¿ pueden causaros recelos? — Dejados dormir, ó si no soltaré los perros. — Con esta amenaza iba ya á retirarme, cuando otra voz dijo : Pedro, para despedir las gentes no es necesario desvergonzarse.

Pedro, á quien reprendian justamente por habernos injuriado, calló, y no volví á oír nada. Persuadido de que el que reprendia era de condicion mas dulce, y que podia ser el dueño de la casa, me atreví á llamar de nuevo. Entónces las ventanillas se abrieron del todo, y vi que se asomó un respetable anciano, el cual me preguntó qué se me ofrecia. Se lo dije; examinó cuanto

pudo mis gentes, coche, etc., y mandó al instante á Pedro que abriese.

Hízolo este de mala gana, y el mismo amo bajó á recibirnos. Perdonad, me dijo, la necedad de mi criado; su desconfianza no es de extrañar, porque andan muchos ladrones por estos campos. Entrad, entrad, y sed muy bien venidos. Habia proporcion para acomodar el coche y los caballos, y mis dos criados quedaron al cuidado de Pedro. Mi hija y yo seguimos al labrador á una sala baja, y allí me di á conocer á este buen hombre, que quedó aturvido de hospedar en su casa al conde de Versevil, de quien habia oido hablar repetidas veces. En tanto que por sí mismo disponia una cena frugal sobre una rústica mesa, le supliqué me dijese su nombre, á fin, añadí, de conocer á un sugeto á quien debia tan particular favor. — Yo, dijo, me llamo Guillermo Ledoux. — ¿Tenéis mujer? — Quince años há que estoy viudo; ¡perdí á mi pobre Magdalena! ¡qué mujer! — ¿Y tenéis hijos? — Sí, señor; tengo uno, que me hace el mas feliz de cuantos padres hay en el mundo; porque yo creo que los muchos hijos no hacen la dicha de los padres, sino sus cualidades; uno bueno basta para mi felicidad. — Tenéis razon, continué yo, mirando con ternura á mi hija, que me abrazó: ¿y es varon? — Sí, señor, y todo el consuelo de mi vida. — Le casaréis pronto, porque en vuestra edad ya es preciso descansar. — ¡Casarle! si no quiere; dice que mientras yo viva no quiere mas compañía: ¡oh! es una especie de lo que en las ciudades llaman un fi... fi... fisolofo. — Un filósofo querréis decir. — Cabalmente: ¿os reís, señor condé? pues á fe que si le conocierais..... no penséis que es un labrador ignorante como yo, que no sé leer ni escribir; no por cierto: sabe música, pinta, y lee unos librotos... pero no por eso es soberbio con su padre.

La cena estaba preparada; pusímonos á la mesa, y en tanto que comíamos, el buen Ledoux, que echaba un trago de cuando en cuando, porque ya habia cenado, estaba tan contento de que le hablásemos de su hijo, como de la mayor satisfaccion que pudiera recibir. Es preciso que sepáis, añadió, que mi hijo tenia siete años cuando murió su madre, que hace ahora quince; y entónces dije para mí: no quiero que mi hijo sea tan ignorante como yo. Aunque no soy rico, tengo lo suficiente para darle alguna educacion; porque creo que esto es lo primero que deben hacer los padres. Le envié á Paris á casa del dueño de esta quinta, la que despues compré. Aquel señor, que gustaba mucho de mi pequeño Eusebio, le puso en un colegio; allí aprendió

mil cosas, y hubiera adelantado mas á vivir su protector. En tanto, yo adquirí lo bastante para comprar esta posesion; le traje á mi compañía hace tres años, y desde entónces no se ha separado de mí ni un instante; pero no toma el arado, eso no. Lee, escribe, pinta y hace mil habilidades; sin embargo, me quiere tanto, que cuando me ve trabajar demasiado en el campo, viene, me quita la azada de la mano, y me ayuda mas que un jornalero que no hubiera hecho otra cosa en toda su vida: cuando llega el tiempo de la sementera, sale todos los dias al campo conmigo, aunque á mí no me gusta, y le hago retirar muchas veces, porque es muy delicado para este trabajo. — Pero, Guillermo, con la brillante educacion que habéis dado á vuestro hijo ¿no deseáis que algun dia os suceda en el oficio, y sea labrador como vos? — En esto hará lo que quisiere; yo no le violentaré; pero creo que nunca abandonará la herencia de su padre: tomará criados que le ayuden. ¡Tiene una condicion tan dulce! nada le divierte tanto como los libros. — Quisiera yo ver á ese jóven, dijo Eugenia con bastante viveza, é impelida de cierto interes cuya causa ignoraba. — Á la verdad, señorita, respondió Guillermo, no es cosa muy difícil: os llevaré á su cuarto, porque no se acuesta hasta muy tarde, ocupado en sus estudios. Mi hija se puso como una grana con la respuesta de Guillermo: me miró, y lei en sus ojos que me pedia perdon de su ligereza. Yo tambien deseaba conocer á un jóven tan elogiado de su padre; y apoyando el deseo de Eugenia, dije al labrador: Pues bien, Guillermo, si no le molestamos, hacednos el favor de presentarnos á él, y le diremos cuán obligados quedamos á vuestra hospitalidad. — Pues, señores, no hay mas que subir esta pequeña escalera.

El buen viejo, embelesado, tomó la luz, echó delante, nos condujo al piso mas alto, y deteniéndose junto á una puerta, dijo: ¿Te has acostado, Eusebio? — No, señor. — Pues abre, que te traigo una buena compañía. Abrió, y quedámos atónitos al vernos en una estancia adornada con el gusto mas exquisito: el jóven era un modelo de gallardía, cortés en gran manera, y modesto hasta lo sumo. Estaba vestido de un sobretodo muy bien hecho; cuanto veíamos anunciaba en él la educacion mas fina. Nos saludó, y tomando la mano á Guillermo, le dijo: ¿Pues cómo, padre mio, no os habéis entregado al descanso todavia? — Ya sabes que duermo poco; y por eso ando por abajo haciendo tiempo, y pensando en ti, que es lo que mas me divierte.

Eusebio nos suplicó que nos sentásemos en un canapé; lo hici-

mos, y entre tanto cerro apresuradamente algunos manuscritos, en los cuales, al parecer estaba trabajando. Guillermo le contó nuestra llegada repentina, y le dijo mi nombre: él abrazó á su padre alabando su buen corazon; luego, dirigiéndose á mí, me dijo: Señor conde, mucha felicidad es para nosotros el que la casualidad nos haya proporcionado el honor de hospedaros. No encontraréis aquí las comodidades á que estáis acostumbrado; pero sí el respeto y todas las atenciones que merecéis... — ¿Qué tal? interrumpió Guillermo; ¿no es una alhaja el muchacho? ¿por qué no enseñas á estos señores tu librería? — Ya la veo, dije yo, por cortar las sencilleces de Guillermo: ¿bien tendréis aquí unos quinientos volúmenes? — Dos mil hay, respondió Eusebio con mucha dulzura. — También hay dibujos y cuadros, que me parecen... — Son suyos, señor; él los ha hecho, dijo muy alegre Guillermo. — ¿Conque también pinta? añadió Eugenia. — Un poco, señorita; pero mis obras tendrían mucho más mérito si copiase las gracias que os adornan.

Avergonzóse Eugenia, y yo me levanté para examinar los cuadros, que me parecieron muy buenos. Había un cuaderno de música sobre un piano; Eugenia lo advirtió, y Guillermo dijo al instante á Eusebio: «No nos harás el favor de tocar y cantar un poco? — Con mucho gusto, padre mío; pero temo privar á nuestros huéspedes de un sueño que sin duda necesitan.

Todos le suplicámos que no lo dejase por ese reparo; él no se hizo de rogar, y con la voz más dulce y el estilo más expresivo, nos cantó el siguiente romance, que él mismo había compuesto:

Corra en pos de una belleza,  
de una sonrisa, un suspiro;  
sujétese á las cadenas  
del implacable Cupido

Quien materiales placeres  
codicie, que yo en mis libros  
hallo el sustento del alma  
único bien á que aspiro.

No desprecio la hermosura,  
que hacerlo fuera delito;  
obra es del supremo autor,  
y acá en mi mente concibo

Que debe ser admirada  
sin rendirla el alvedrío.

Quede en libertad el alma  
de contemplar lo infinito.

El que á la vil servidumbre  
se rinde, tenga entendido  
que es amor una ilusión  
y le ofusca los sentidos.

Que una amorosa mirada,  
una palabra, un cariño,  
bienes son para admirados,  
mas no para apetecidos.

Mucho valen, pero cuestan  
á precio muy excesivo:  
carezco de ellos prudente,  
y ni los busco ni envidio.

Eugenia, á ruegos de Eusebio, también cantó, pero temblando, y como temiendo la superioridad del que la había precedido; y con razón, porque este joven reunía todas las gracias en su mayor punto. Mucho tiempo nos detuvimos en su cuarto; y ya era muy tarde cuando bajámos á la habitación del labrador. Guillermo nos preguntó con entusiasmo qué pensámos de su hijo: nosotros le hicimos la justicia que se merecía, con lo que el viejo quedó contentísimo. Mi hija y yo nos retirámos á dos cuartos contiguos. Yo dormí; pero no tan profundamente, que no advirtiese que Eugenia tosía con frecuencia, y no podía disfrutar las dulzuras del sueño; lo que atribuí al cansancio, y sobre todo á la inquietud que nos había causado la pérdida del camino. A la mañana, cuando nos presentámos, nos hicieron las preguntas de estilo, y todos juntos nos pusimos á desayunar. Entónces fué cuando nos confirmámos en la opinión que habíamos formado de Eusebio, porque su conversacion fué la más agradable que se puede imaginar. Manifestaba mucho amor y respeto á su padre, y no le humillaban los modales rústicos del anciano. Si este raro y feliz carácter me embelesaba, aun hacía más impresión en el alma de Eugenia, que hasta entónces había sido insensible al amor. No reparé entónces la revolución que nacía en su pecho; y cuando tomé el coche, sin prever las consecuencias, rogué á Guillermo y á su hijo que viniesen á verme á este castillo: me lo prometieron, y al fin nos separámos con el mayor sentimiento.

Luego que llegámos aquí, reparé que mi hija se hallaba entregada á una profunda melancolía. Cuando le hablaba del mérito

del jóven Ledoux, procuraba mudar de conversacion, y veia asomar las lágrimas á sus ojos. Mucho tiempo estuve sin penetrar la causa de su tristeza, y aun la ignorara, si un dia no hubiesen entrado á decirme que deseaban verme Guillermo y su hijo. Al oír esto, perdió Eugenia el color, se trastornó, y fué preciso llevarla á su cama. No por eso dejé de recibirlos bien; el padre me aseguró que habia venido á visitarme accediendo á las vivas instancias de su hijo; añadiendo, sin saber lo que se decia, que la hermosura de Eugenia habia trastornado la cabeza de su Eusebio.

Este se puso como un fuego, y todo su talento no bastó á remediar la inadvertencia de su padre. Les hice sentar, y al instante me preguntaron por mi hija, que se presentó pálida y triste. Eusebio mostró cuánto se interesaba en su salud; Eugenia le miró con demasiada ternura, y al instante conocí los sentimientos de que se hallaban agitados ambos jóvenes. Sin embargo, disimulé, y mis huéspedes estuvieron en mi casa tres dias, que se dedicaron á las musas, á las artes, y á las mas agradables conversaciones.

Cuando se fueron, volvió mi hija á caer en su terrible melancolía; apoderóse de ella una fiebre lenta que podia serle muy funesta. El temor de perderla pudo mas en mí que el orgullo y la vanidad; por cuya razon le dije un dia: Hija mia: ¿por qué no soy digno de tu confianza? — ¿Qué decís, padre mio? — Sí, tu me ocultas un secreto que mas hubiera querido saberlo de ti, que adivinarlo. — ¿Un secreto? — Sí; tú estás enamorada.... — ¡Cielos! ¿pero de quién?... Del jóven Ledoux. — Pero, señor, no pudiendo ser mi esposo ¿me habia de atrever?... — Vaya; confiesa ingenuamente que despues de haber resistido á toda la brillante juventud de Paris, el hijo de un simple labrador ha triunfado de tu corazon. — Su mérito... — Es grande, convengo; pero considera su clase. — Castigad pues á vuestra hija, que no ha podido cumplir la promesa que os habia hecho de no amar; ¡me confunde mi debilidad! — Muchas cosas podria decirte; pero las reservo para ocasion mas oportuna: dentro de dos dias sabrás mi resolucion. — ¿Dentro... de dos dias? — Sí, hija mia; pero cuenta siempre con la ternura y consuelos de tu padre.

Dejé á Eugenia inquieta, y tomando al instante un caballo, marché á la quinta de Guillermo, que se sorprendió al verme. Despues de los regulares cumplimientos, le dije: ¿Qué podéis dar á vuestro hijo cuando se case? — Pero, señor, esa pregunta.... — Respondedme con franqueza; ¿qué le dais? — Yo...

puedo darle esta quinta... algunas pocas tierras... y todo lo que tengo, aunque no es mucho. — Está bien; pues yo le caso. — ¿Á quién? — Á vuestro hijo. — Vaya que os queréis burlar: ¡casar á mi hijo! ¿y con quién? ¿con alguna criada de la señorita, ó con alguna labradora? El caso es, que él no lo hará; está enamorado, parece un loco, y la causa de todo ha sido el haberos hospedado.

Empezó el viejo á llorar tan amargamente, que tambien yo me enternecí, y con la mayor dulzura le pregunté: ¿Y de quién está enamorado? — Yo, señor, no me atrevo á deciroslo. — Pues en verdad que siento que se halle en esta disposicion, porque trastorna todos mis pensamientos: cabalmente venia yo á ofrecerle por esposa á mi hija. — ¿Qué... qué decís? ¿habláis de veras? — No hay duda; yo le queria para marido de Eugenia; pero si está enamorado.... — De ella, señor, de ella. ¡Dios mio! ¿qué es lo que me pasa? ¡qué alegría! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Eusebio? ¿Eusebio?... ¡el pobre muchacho! ¡estaba tan triste! ¡Eusebio! baja pronto; ¡si supierais qué afligido estaba yo! me hubiera muerto de pesar... Hombre ¿no bajas?

Eusebio, asustado de los gritos de su padre, bajó precipitadamente; y en efecto, estaba muy desfigurado. Al verme se quedó inmóvil; y temiendo que yo supiera su amor, y que me presentaba á reprenderle, se cubrió el rostro con las manos; pero Guillermo se arrojó á su cuello, diciéndole: Alégrate, hijo mio, alégrate; porque el señor conde quiere que seas esposo de su hija. — Sí, amigo mio, le dije; quiero hacerte feliz, y llevarte conmigo para que seas dueño de la mano de Eugenia, ya que lo eres de su corazon.

El jóven cayó sobre mi pecho, inundándolo con lágrimas de gratitud, en tanto que su padre, dándome golpecitos sobre la espalda con la mayor familiaridad, exclamaba: ¡Este sí que es hombre que sabe estimar la honradez tanto como la nobleza! Eusebio, como fuera de sí, decia: ¿Qué me sucede? ¿es posible? ¡yo esposo de Eugenia! ¡oh padre mio! ¡hoy sí que conozco y agradezco la educacion que me habéis dado!

Dejé á Eusebio desahogarse, y en dos palabras arreglé con Guillermo los contratos. Estaba tan aturdido con tan inesperada felicidad, que á mis proposiciones no respondia mas que *sí, señor*. — Guillermo, me llevo á vuestro hijo. — Sí, señor. — ¿Queréis acompañarnos? — Sí, señor. — No quiero que deis nada á vuestro hijo. — Sí, señor. — Conservaréis en propiedad vuestra quin-

ta. — Sí, señor. — Y acabaréis en ella pacíficamente vuestros días. — Sí, sí, señor.

Á la mañana siguiente montámos á caballo los tres, y llegámos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, le dije, traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañía en la mesa. — Si pudieseis dispensarme... — Me será muy sensible. — Pues bajaré. Así lo hizo; se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecían; ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistía esta novedad, cuando entraron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¿qué veo? exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije: Hija mia, esta es una comida de familia; porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casaron á los pocos días, y que mi hija y yo cada día agradecemos al cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apénas habia acabado de hablar Mr. de Versevil, cuando llegaron sus hijos, y se arrojaron á sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el conde á su yerno. — Muy bueno y me ha encargado que os dijera mil cosas... — Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño. — Yo lo creo; es grande satisfacción el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y madama Ledoux repararon entónces en nosotros, y saludaron á Palemon, que no se cansaba de admirar las gracias de estos jóvenes esposos: habló con ellos y con su padre algun rato; luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oír.

## TARDE XXXI

### LA JUSTICIA

Todo en el mundo es falible;  
Todo está sujeto á error;  
Solo el Supremo Hacedor  
En la ciencia es infalible.  
Su poder indefinible,  
Equitativo desquicia  
Lo que ignorancia ó malicia  
Del hombre quiso fallar,  
Porque siempre ha de brillar  
Pura y recta su justicia

La historia de Mr. Ledoux habia interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponía que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabía música y otras habilidades que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres días te encargarás del cuidado